

Entrevista a Nelly Richard

Janaina Carrer

Ybelice Briceño

José Miguel Neira

Red Políticas y Estéticas de la Memoria

Ybelice Briceño: Mi pregunta tiene que ver con la importancia de la teoría, con el lugar que tiene para ti el trabajo que se da en el plano del pensamiento. Parto de la idea de que el quehacer teórico tiene y ha tenido siempre no pocos derroteros, y que se ha enfrentado con cuestionamientos de muchos tipos desde distintos frentes. Por un lado, desde el campo artístico con mucha frecuencia hay una descalificación del trabajo teórico y de la crítica, e incluso un cuestionamiento a la autoridad para hablar de la creación artística desde ese lugar. Por otro lado, dentro los movimientos sociales y activismos políticos también ha habido históricamente una importante desconfianza (con frecuencia justificada) hacia el trabajo intelectual y académico, por considerar que carece de una utilidad práctica en el marco de las luchas de transformación social, o que es demasiado cómodo por tener lugar en espacios confortables y seguros, lejos del calor de las disputas y confrontaciones que se dan en la calle y los territorios.

En el contexto actual de capitalismo avanzado, posfordista, nos enfrentamos a otros obstáculos, como es la captura de la producción académica por una lógica neoliberal y productivista propia del capitalismo cognitivo, que vacía el pensamiento de toda su potencia. Y, además, en buena parte de las instituciones universitarias latinoamericanas, atravesamos procesos de precarización y explotación laboral que convierten el trabajo docente en una práctica extenuante, con mínimas posibilidades y recursos para la investigación y la elaboración teórica.

Este mismo capitalismo cognitivo ha mostrado tener una gran capacidad para fagocitar el trabajo intelectual y simbólico y convertirlo en pieza central que alimenta las grandes empresas del entretenimiento, la imagen, el *marketing*, el diseño, la comunicación y la información.

¿Qué significa en un mundo como este, y en América Latina en particular, hacer pensamiento crítico? ¿Qué particularidades consideras tú que debería tener una práctica intelectual que se dé políticamente en este contexto? ¿Qué retos debe confrontar? ¿Y para qué sirve, a fin de cuentas, el trabajo intelectual y académico en estos momentos de urgencia en los que nos vemos frecuentemente desbordadas por políticas de violencia, extractivismos y convulsiones sociales, e incluso en una situación como la de la pandemia, que por su magnitud y excepcionalidad nos tomó de sorpresa, sin herramientas ni marcos conceptuales capaces de explicarla?

Nelly Richard: Comparto las premisas de tu intervención en cuanto a que, por distintas razones, ya no es posible hablar de teoría y de crítica sin acusar recibo de la profunda alteración de los principios y fundamentos que antes regulaban la pretensión normativa de un conocimiento seguro, de una autoridad superior, de un juicio categorial dotado de validez absoluta. El cuestionamiento postmetafísico a la trascendencia del sentido y al absolutismo del valor erigido en canon universal llevó los supuestos modernistas a caer en franca decadencia. Le debemos, entre otras cosas, a la teoría feminista y a la teoría poscolonial el haber cuestionado la falsa universalidad de las escalas de valoración que la modernidad occidental–dominante (patriarcal y colonial) había querido imponer a toda costa. La razón moderna buscó convencernos de la superioridad de lo abstracto–general simbolizada por lo masculino que se disfraza de neutro para hablar, en apariencia, de un modo desinteresado. Esta razón moderna relegó lo particular–concreto de las diferencias (mujer, raza, etnia, etc.) a una posición inferior, derivada y subordinada. El giro feminista y postcolonial nos ha permitido deconstruir las narrativas dominantes de lo superior–universal que, por ejemplo, en el campo del arte, fabricaron la noción idealista de «calidad» como si esta noción fuese imparcial. Las teorías feminista y

postcolonial develaron las pugnas de intereses que se libran en el interior de los sistemas de representación y valoración, y esto nos sirve para desafiar todo monologismo de la autoridad cultural sabiendo que dicha autoridad oculta los conflictos y antagonismos que habitan el campo del lenguaje y la significación.

Es cierto que la teoría y la crítica provocan rechazos de distintos tipos. Debo confesar que siempre tiendo a sospechar de estas expresiones de rechazo porque su antintelectualismo consolida los lugares comunes como naturales en lugar de denunciarlos como ideológicos, contruidos por el discurso. Desde Barthes hacia adelante, todo lo que me interesa guarda relación con lo que él llamaba «las técnicas del sentido», es decir, los modos de fabricación del discurso y la responsabilidad de la forma (nunca transparente ni inocente) en cómo se estructuran dichos modos. Esto es lo que yo entiendo y defiendo por materialismo crítico de los signos, pese a que dicha postura se etiqüete despectivamente como «postestructuralista» por quienes siguen adhiriendo al mito de la presencia-representación.

También es cierto lo que señalas en cuanto a los prejuicios que atentan contra la teoría y la crítica de parte de un cierto activismo de los movimientos sociales (incluyendo al feminismo) por considerar que «carecen de utilidad práctica en el marco de las luchas de transformación social». No coincido con esta separación entre lo abstracto y lo concreto que divorcia el pensar (elaborar conceptos y construir saberes) del actuar (el mundo práctico de las vivencias cotidianas) como si estuviese lo vivido por un lado y los signos por otro. La «experiencia» personal y colectiva se verbaliza y se transmite mediante un relato cuya construcción es siempre discursiva. Creo en la necesidad de la teoría para comprender las formas en que lo que llamamos «poder», «dominación» u «autoridad» se ejerce materialmente en el mundo cotidiano después de haberse configurado primero a partir de lo simbólico-cultural que se expresa en imágenes y palabras, en narrativas y retóricas, en enunciados y discursos que es indispensable desmontar críticamente. No hay lucha transformadora de lo político-social sin una impugnación de los efectos de significación y representación que ejercen su violencia simbólica a través del discurso que, en su dimen-

sión intersubjetiva, modela las identidades sociales y culturales. No separa las construcciones teóricas de las decisiones políticas. También desconfío de otro supuesto de los diversos activismos: el binarismo de la oposición entre un afuera (la calle como escenario de radicalidad de la lucha social) y un adentro (la universidad, por ejemplo, como espacio domesticado, enajenado o fatalmente cooptado por las tecnologías de la reproducción).

Tienes razón en señalar los efectos adversos de una máquina universitaria globalizada cuyo «capitalismo académico», al someter el conocimiento a criterios tecnocráticos de aplicabilidad y rendimiento, inhibe el pensamiento crítico para favorecer los saberes profesionales con valor de mercado. Pero todas/todos sabemos que en los distintos espacios universitarios por los que transitamos existen pequeñas o grandes aperturas que ofrecen salidas, ya que ningún dispositivo —ni siquiera el del «capitalismo académico»— lo copa todo. Estos márgenes nos sirven para desorganizar y reformular los saberes, correr los límites de las disciplinas, someter a revisión las bases androcéntricas del conocimiento, es decir, para luchar contra lo sedimentado y apostar por lo transformador asumiendo a la universidad como campo de pugnas institucionales. Dedicarse a subvertir las jerarquías y protocolos del conocimiento; cuestionar el sistema de inclusión-exclusión de las disciplinas; interrogar los principios de clasificación y legitimación de los saberes, es tan «político» como cualquier otro trabajo de transformación material de las estructuras dominantes.

En todo caso, me gustaría insistir en que, cuando hablo de teoría o de crítica, no pienso en un método ni en un programa, con lo que esto supondría de dominio de la verdad. Pienso en la teoría como autorreflexividad crítica de la relación entre cuerpo, sujeto, discurso e instituciones. Y pienso en la crítica como una operación que se practica en un determinado campo de fuerzas, no avalada por la garantía de una certeza, sino poniendo a prueba una cierta experimentalidad del juicio en tomas de posición que son éticas, políticas y estéticas.

Hay otro postulado del modernismo que se vio enteramente desbaratado por la globalización capitalista: el de la crítica como distancia y separación absoluta frente a lo criticado. En tiempos de hiper-

capitalismo, son tales los tráficos de signos en los que nos ha sumergido la promiscuidad del mercado y de las instituciones, que debemos rendirnos a la evidencia de que ya no es posible confiar en que existe una exterioridad pura (incontaminada, descontaminada) desde la cual la teoría y la crítica se opondrían frontalmente al sistema. Tal como lo precisas, bajo un régimen de capitalismo intensivo, todas las estructuras de discurso y acción se encuentran implicadas en las operatorias multisegmentadas del poder y del mercado que funcionan reticularmente, haciendo imposible que la teoría y la crítica logren abstraerse o sustraerse de tales efectos. ¿Quiere decir esto que no existan sitios desde los cuales operar teórica- y críticamente en contra de las redes de funcionamiento de lo dominante? No lo creo. Primero, ninguna lógica (ni siquiera la del dispositivo neoliberal) opera con base en una sistematicidad absoluta, sin fallas ni accidentes, sin lapsus. Siempre hay grietas en el interior del dispositivo dominante que podemos ocupar como intersticios críticos para impulsar gestos de resistencia y oposición que desarreglen parcialmente la marcha del conjunto. Los terrenos en los que se materializa el poder dominante son disparejos porque la saturación nunca es uniforme: existen bordes y pliegues desde donde torcer el diseño general o someterlo a presión; hacerlo girar en una dirección imprevista que desvíe sus cursos; generar interferencias y cortocircuitos en su funcionamiento regular; crear zonas de turbulencia que le sirven a la crítica para enredar el sistema y subrayar sus contradicciones. Hay que estar siempre atento a lo que accidenta los diagramas de poder y dominancia porque son estos baches y tropiezos los que nos permiten hacer bifurcar la direccionalidad de lo trazado. Para esto es importante rescatar lo que Stuart Hall llamaba «la política de la situación» al defender la dimensión coyuntural de la inscripción teórica o bien lo que Donna Haraway define como «ubicación» en función de una estrategia de saberes y operaciones siempre localizables. No podría concebir a la teoría ni la crítica sin tomar en consideración el carácter eminentemente contextual de sus operaciones. La teoría crítica está indisolublemente ligada, al menos para mí, al carácter situacional y posicional de cada intervención en torno a los límites de lo que está en pugna. Por lo mismo, no hay cómo predecir la efectividad de un resultado crítico ya

que cada apuesta se mide en función de las condiciones de posibilidad (tiempos, espacios, modos y alcances) que deben evaluarse tácticamente a la hora de realizar la jugada. Cada campo de problemas requiere ser abordado mediante su propia analítica. La pregunta es si, ya vencida la promesa de una revolución total tal como la soñaba la izquierda marxista, vamos a entregarnos a la disposición nihilista de creer que, si no logramos desbaratar el «Todo», ya nada vale la pena. Algunos piensan que lo fragmentado y parcial de la crítica «situada» resulta completamente insuficiente o, peor que esto, la convierten en algo funcional al sistema dominante que tendría la capacidad todopoderosa de absorber y reciclarlo todo. Yo defiendo la dimensión micropolítica de los cambios porque creo que todos los fragmentos están entrecruzados entre sí y que mover, aunque sea unas pocas piezas, puede lograr poner en cuestión el equilibrio del conjunto. Hablas de América Latina como contexto de pensamiento crítico. Me gusta seguir pensando en lo latinoamericano no solo en su dimensión geográfico-territorial, sino como un «sur» cuyo concepto-metáfora apunta a lo descentrado, a lo residual y lo periférico como puesta en tensión de los ordenamientos globales. Lo residual (memorias traumáticas) y lo periférico (sublocalidades y regionalidad de los bordes y las fronteras) sirven para elaborar, a partir de la hibridez latinoamericana, estrategias de resistencia que rompen con las fábricas de mundo con las que la actualidad neoliberal busca uniformarlo todo.

José Miguel Neira: En estos últimos tiempos en Latinoamérica estamos viviendo momentos convulsos, intensos y complejos, con revueltas sociales que sacudieron a distintos países, instalando un deseo destituyente del modelo colonial/neoliberal/patriarcal, y que se han visto interrumpidas, suspendidas o tensionadas por el control estatal pospandémico y por la irrupción de fuerzas reaccionarias. En Chile, del impulso destituyente de la revuelta de 2019 se pasó al efecto aparentemente paralizador de la pandemia en solo cinco meses después. En este contexto se ha iniciado y concluido un proceso constituyente inédito en la historia del país. Al momento de tener esta conversación, que estamos *ad portas* del plebiscito de salida, el desenlace aún es incierto, tanto

por el resultado de este como por la continuidad del proceso en un contexto de crisis global.

En marzo de 2019, cuando la revuelta y la pandemia parecían impensadas, curaste una exposición en el Museo Reina Sofía que reflexionaba sobre la implantación del neoliberalismo en Chile, y cuyo título precisamente fue *Tiempos incompletos. Chile, primer laboratorio neoliberal*, casi como una premonición de lo que estaba por venir. Con respecto a esto, y lo que ha sido tu reflexión durante estos tiempos, hay dos conceptos que parecen muy importantes para observar situadamente el proceso chileno, el de archivo vital y el de temporalidad abierta.

En este contexto, y considerando que el próximo año se cumplan 50 años del golpe de Estado, ¿cómo has observado el proceso de la revuelta y la convención constituyente y qué reverberaciones estéticas y políticas sientes que tiene en la memoria del país? ¿Cómo leer desde estos conceptos el escenario actual que atraviesa Chile, desde la irrupción del deseo destituyente de la revuelta en contraste con la reemergencia de fuerzas reaccionarias, los discursos de la crisis económica y las políticas del control pospandémico? ¿Qué se mueve a nivel de los afectos y qué efectos puede tener en las subjetividades, considerando la noción del archivo vital?

Nelly Richard: Como muy bien recuerdas, antes de que estallara la revuelta de octubre 2019 con su «No + abusos», que fue interpretada como una consigna antineoliberal, había realizado en el marco de la Cátedra de Políticas y Estéticas de la Memoria del Museo Reina Sofía la curaduría de una exposición y también un seminario en los que se analizaban las circunstancias de la implantación del neoliberalismo en Chile y sus consecuencias. La exposición combinó la obra de dos artistas chilenos —Patrick Hamilton y Felipe Rivas San Martín— que trabajan con archivos de la memoria de la dictadura interceptados de distintos modos por el dispositivo neoliberal y un registro fotográfico del mayo feminista 2018 que, en una de sus tomas universitarias, incluía un lienzo que decía: «¡Tiemblan los Chicago Boys!». ¡Es cierto que la muestra, mirada retrospectivamente, poseía un cierto carácter anticipatorio respecto de lo que iba a suceder después! La brutalidad del *shock* económico que signi-

ficó, de la mano de los Chicago Boys durante la dictadura, el desmantelamiento del Estado, la expansión del libre mercado y el desate del consumo, la privatización de lo público, etc., fue de tal magnitud que anestesió el sentimiento de lo colectivo entrenando subjetividades dóciles para que se integraran homogéneamente a un proceso de entera mercantilización de la existencia. Si bien es cierto que, durante los años de la transición se organizaron protestas sociales muy determinantes (en particular la del movimiento estudiantil del 2011), es con la revuelta de octubre de 2019 que se produce una ruptura violenta que pone en cuestión tanto la herencia de la dictadura como el conformismo político de la transición: la lógica transicional de los pactos y las negociaciones a cargo de una clase política ensimismada que le dio la espalda a la sociedad civil; el «realismo de lo posible» avalado por el artefacto del Consenso que se empeñó en obliterar la memoria de la dictadura por considerarla un remanente molesto que atentaba contra el equilibrio centrista de la «democracia de los acuerdos»; la esclavización del diario vivir debido a la lógica comercial del crédito, la deuda y la hipoteca, etc. La revuelta de octubre de 2019 lo trastoca todo llenando las calles con un «nuevo pueblo» (Ruiz Encina) que denuncia humillaciones y reivindica sus derechos negados en materia de salud, educación, trabajo, pensiones, etc. Volvió a comparecer un «estar juntos» multitudinario de los cuerpos en marchas y protestas que, expresándose desde la rabia, la indignación o el resentimiento, puso en crisis a todo el ordenamiento político-institucional que había reinado durante estos más de treinta años. Varios amigos míos, principalmente filósofos, se volcaron a leer la revuelta de octubre de 2019 como un acontecimiento que hizo explotar el curso de la historia con su temporalidad salvaje, celebrando la «potencia destituyente» del pueblo ingobernable que se sublevaba en las calles. Confieso que mantengo una cierta reserva crítica frente a estas tesis filosóficas que, al privilegiar el momento del corte intransitivo que lo hace explotar todo, se desentienden de cualquier secuencia capaz de enlazar este corte con algún «después de» que oriente las energías rebeldes hacia un diseño político que logre hacer converger distintas expresiones de la izquierda para tornar viable la transformación de los poderes instituidos. Cuando yo hablaba de «archivo vital» a propósito de la revuelta, lo hacía evocando

un imaginario de la ruptura (liberador y transformador) cuyas figuras nos marcaron de una vez para siempre pero que, como todo archivo, contiene una reserva de significados que es necesario desarmar y rearmar críticamente para sacarlo del mito o del fetiche. Desconfío de una cierta romantización y heroización de la revuelta que cultiva la izquierda radical al dotarla de un contenido prerrevolucionario como si su sujeto («el pueblo») y el desenlace de su trayecto («la muerte del neoliberalismo») pudiesen darse por seguros en el cumplimiento de una línea recta guiada por la finalidad y la totalidad de una verdad absoluta. El lirismo salvador-redentor del pueblo arrebatado en las calles que alimentó un izquierdismo triunfante, apostó a que la revuelta le iba a permitir a ese pueblo vengarse definitivamente de la historia al dar vuelta completamente el tablero de la hegemonía política. Pero debemos asumir que no existe un pueblo-uno que funcione como sustrato orgánico de una representación homogénea de lo popular. Las multitudes —las de la plaza de la Dignidad— derivaban de trayectos de identidad muy heterogéneos cuyos devenires son oscilantes. Si bien el pueblo que estaba en las calles durante la revuelta manifestó colectivamente su «estar en contra» del Gobierno de derecha de Piñera y de los abusos neoliberales, los estados de subjetividad que recorrían a esta multitud abigarrada mutaron muy rápidamente. A dos años de la revuelta, asistimos desprovistos a cómo la derecha en Chile no solo recuperó posiciones en el Congreso, sino que llevó un candidato de la ultraderecha, José Antonio Kast, a disputar las últimas elecciones presidenciales con un 44 % de la votación del país. Aunque cuesta admitirlo, el discurso impregnado de fascismo de Kast logró convocar las emociones primarias de sectores populares. Todo esto nos trae varias lecciones y la primera de ellas es que cuando se exagera la pulsión desintegradora y caotizante de la revuelta sin tomar en cuenta la necesidad de que lo político opere como articulación-mediación en pleno desborde, lo que amenaza con imponerse es el cierre autoritario y conservador del discurso de fanatización del orden que representa la ultraderecha. Mi diferencia crítica con las tesis que celebran el furor destituyente del pueblo ingobernable consiste en defender la necesidad de construir enlaces y conexiones entre lo *destituyente* de la revuelta y lo *instituyente-constituyente* de un nuevo orden político que, sin olvidarse

de la expresividad rebelde del estallido, sepa habilitar tránsitos entre la exterioridad de la calle y la institucionalidad política: entre la excepcionalidad de la crisis y la vuelta a algún tipo de ordenamiento del mapa porque, después de vivir el paroxismo del descontrol, no hay cotidiano social que no busque de algún modo conciliarse con una temporalidad reconstituida. No creo que haya que desvincular la desobediencia política de la creación institucional: son ya varios los antecedentes de revueltas internacionales que, de no habilitar estos vínculos, desembocan en la posterior reconfirmación del *statu quo* de parte de Gobiernos represivos. El después del estallido dio lugar aquí, a diferencia de lo que prefiguraban las tesis insurreccionales de la revuelta, a una recomposición de la derecha y ultraderecha que ahora están agrupadas para defender, con todas sus armas, el legado de la Constitución de Pinochet que deberá ser aprobado (continuidad) o rechazado (derogación) en el plebiscito del 4 de septiembre. Esto nos enseña que deshacerse del neoliberalismo, tal como lo plantea la izquierda radical, no es una tarea simple. Bien sabemos que el neoliberalismo no es solo un dogma económico ni un conjunto de técnicas de gobernanza, sino una fábrica de subjetividades que, hoy, se moviliza en Chile en torno a los temas que copan la actualidad mediática (la delincuencia y la seguridad pública, los migrantes y el comercio ambulante, los saqueos, la delincuencia y el narco, etc.) y que capturan el imaginario social de las clases populares. El utopismo de la revuelta que celebró su fuerza arrebatadora debió entrar en choque con la realidad de un país agobiado por la pandemia, extenuado por la violencia de los conflictos sociales y políticos y temeroso de los cambios que anuncia la nueva Constitución porque fragiliza las certezas, rutinas y costumbres al abrirse a lo desconocido. Un cierto maximalismo refundacional creyó que la revuelta iba a transformar irreversiblemente el estado de subjetividad colectiva, convirtiendo a las grandes mayorías en fuerzas antineoliberales: esto quedó desmentido por el actual reordenamiento político de un arco que va desde el progresismo neoliberal hasta la ultraderecha que está poniendo incluso en duda el triunfo masivo del «Apruebo» en el plebiscito que está por venir. Habitamos la inestabilidad de tiempos híbridos en los que coexisten dinámicas de contrapoder y hegemónías restauradoras. Vivimos estos tiempos de entremedio (y el Go-

bierno de Gabriel Boric es síntoma de aquello) en los que se superponen y se entrecruzan ritmos y diseños que no se mueven unilateralmente hacia el cumplimiento de una verdad categórica sobre qué entender por «democracia», «populismo» o «izquierda». Para quienes conocimos la dictadura militar, el plebiscito por la nueva Constitución del 4 de septiembre reviste un cierto dramatismo porque consideramos que esta es la oportunidad histórica para dejar atrás la firma de Pinochet y su sombra nefasta. Pero el duelo a muerte entre el «Apruebo» y el «Rechazo» está llenando el debate mediático de consignas que no solo testimonian del convencionalismo político de los sectores tradicionales, del miedo de los poderosos a perder sus privilegios, sino que reparten, por la vía del odio, muestras bastante indignas de clasismo, de racismo («antindigenismo»), de conservadurismo cultural, de reaccionarismo defensivo frente a la «ideología de género», etc. Al momento de esta conversación las diversas encuestas en circulación le dan la victoria al «Rechazo». Pero bien sabemos que las encuestas, más que reflejar la opinión pública, la modelan en función de los intereses de los grupos empresariales de la derecha que controlan la prensa hegemónica. Yo confío en que los jóvenes y las mujeres (aquellos sectores que le dieron el triunfo al actual presidente Gabriel Boric en noviembre pasado) salgan a votar enfáticamente: «Apruebo una nueva Constitución»: una Constitución cuyo texto declara «Chile es un Estado social y democrático de derecho. Es plurinacional, intercultural, regional y ecológico. Se constituye como una república solidaria. Su democracia es inclusiva y paritaria».

Janaina Carrer: En este contexto me gustaría reflexionar sobre el rol del arte, de las estrategias artísticas y estéticas en relación con lo político, en las múltiples formas y potencias que pueden tener, o no, en un contexto de emergencias.

El arte es un campo, como ha definido Suely Rolnik¹, que ha sido «codiciado por el capitalismo como fuente privilegiada de apropiación de la fuerza creadora, con el fin de instrumentalizarla». Esta apropiación se ve reflejada en distintos campos y quehaceres del arte, sea en

¹ Suely Rolnik, *Esferas de la Insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente* (Buenos Aires: Ed. Tinta Limón, 2019), 83.

su mercantilización y sus instituciones, sea en la neutralización de las fuerzas creativas en su potencia ética, estética y política. Por otro lado, el arte ha extrapolado su propio campo, atravesando territorios y prácticas activistas, feministas, antirracistas, comunitarias, etc. Especialmente frente a la insurgencia de las últimas revueltas y movimientos sociales en Latinoamérica, pero también de un contexto pandémico, de la reaparición de fuerzas fascistas en el poder y la necesidad de revisiones críticas a la izquierda, la pregunta sobre cuál es el papel del arte sigue resonando en diferentes campos de disputa.

En ese sentido, me interesa especialmente algunos de tus planteamientos realizados en el «Seminario Imaginarios de la Revuelta, archivo vital y reconfiguración de la experiencia de la pandemia»², con relación a las estrategias estéticas en el abordaje político en el arte. Entre las múltiples estrategias, es posible reconocer algunas paradojas que frecuentemente se encuentran y desencuentran en el intento de hacer brotar las potencias políticas del arte: por un lado, estrategias artísticas que recurren a lo explícito, lo concreto, lo claro o lo visible, al discurso y mensaje directo, o a un «optimismo comunicativo», que busca la eficacia pedagógica para exponer, vehicular o potenciar las denuncias sociales, los reclamos, las problemáticas y reivindicaciones por los cambios. Por otro lado, estrategias implícitas, reflexivas o metafóricas, donde lo indirecto, o lo «claroscuro», buscan desplazar a los sentidos, poner en duda las verdades, desplazando certezas para dejar entrever otras posibilidades e imaginarios de futuros, sin la totalización y homogeneización de las necesidades y subjetividades.

Más allá de pensarlas como estrategias dicotómicas y excluyentes, y más bien considerando sus especificidades y contextos, ¿cuáles son las potencias, riesgos e implicaciones de estas múltiples estrategias? ¿Qué significa, y qué repercusión puede tener en las esferas micro- y macropolíticas, los diferentes abordajes de un arte político hoy? Y considerando los tiempos de emergencias, entre revueltas y pandemia, entre memorias de otras batallas y revisiones necesarias a las lu-

² Seminario realizado en la Cátedra Políticas y Estéticas de la Memoria, en el Museo Reina Sofía, 21 y 28 de septiembre de 2020, <https://www.museoreina-sofia.es/actividades/imaginarios-revuelta-pandemia>

chas de hoy, ¿cuáles son los retos al arte hoy para hacer frente a este contexto?

Nelly Richard: La revuelta ha significado una profunda conmoción de toda la realidad conocida (social, política) y produjo el extravío de los sistemas de referencia que organizaban tanto el diario vivir como el funcionamiento de las instituciones. La institución del arte también se ha visto trastocada por el estallido como ruptura y desborde de los marcos y reglas que la administraban. Al hablar de la revuelta en Chile, se ha destacado mucho la creatividad popular de los lienzos y grafitis que se desplegaron en la ciudad interviniendo de modo carnavalesco (debido a su festividad poética y su ingenio en la sátira política) el ordenamiento de las fachadas, los edificios y las vestimentas. Miles de registros fotográficos documentaron esta explosión creativa que rayó los muros, levantó consignas, derribó monumentos, transgredió la sintaxis de la ciudad con sorprendentes hallazgos poéticos e iconográficos. Estas muestras creativas de desobediencia popular alejaron, en plena protesta, cualquier pregunta sobre el «arte» cuyo sistema de referencia se percibía remoto y selectivo, antigrupal, elitista. Lo que prevaleció en el contexto de la revuelta fue la dimensión participativa y comunitaria de manifestaciones (murales, *performances* y otros) que realizaban lo fusional de la relación entre protesta, calles y pueblo. No era tiempo de museos ni de galerías porque la exterioridad social iba consumiendo todas las energías contestatarias y protestatarias que se generaban en el espacio público, por lo que encerrarse en el sistema-arte parecía ser una traición al despertar de la comunicad. Cuando lo que domina en las calles es lo común —como vínculo interactivo que abole los marcos y las fronteras tanto de la individualidad como de la especificidad de los quehaceres—, cuesta pensar en términos de «obras» que requieren de un tiempo y un espacio separados para que el espectador del arte elabore reflexivamente su relación estética con las formas y los conceptos. Hay todo un tema ahí porque, más allá de la revuelta de octubre de 2019 en Chile, lo que está en juego es saber bien qué definiría la politicidad o la criticidad del arte cuando este se enfrenta a acontecimientos sociales que lo rebasan todo. Efectivamente

son muchas las obras y los discursos que actualmente subrayan que el valor político del arte estaría vinculado, por un lado, a la explicitación de contenidos y tomas de posición («feministas», «antirracistas», «anticapitalistas», etc.) y, por otro, a su capacidad de inmersión en la comunidad usando distintos medios y mediaciones socioculturales que suprimen la distancia entre la obra y el espectador. Sin embargo, Jacques Rancière ha problematizado de un modo para mí convincente lo que él llama «el modelo pedagógico de la eficacia del arte». Habría una confianza ingenua en suponer que existe un vínculo lineal de causa a efecto entre la intención del artista (que habla en nombre de los sujetos y grupos oprimidos por el poder dominante), la percepción-recepción de la obra y su capacidad de movilizar acciones transformadoras en la sociedad. Para Rancière, el valor emancipador del arte que se juega en la subjetividad del espectador depende del tipo de operaciones mediante las cuales una obra es capaz de problematizar el sistema de la representación. El arte crítico-político no es el que reproduce miméticamente contenidos sociales preconfigurados (por mucho que estos se orienten hacia la denuncia y protesta sociales), sino aquel que logra desestabilizar la relación entre cuerpo y presencia o entre imagen y representación, convirtiendo la propia puesta en escena de la obra en una instancia autoreflexiva. La apuesta de Rancière no es a la asociación de contenidos entre el arte y la política, sino a la disociación de significados que se generan gracias a los saltos de percepción y conciencia que se dan en el trabajo con la forma, la materia y el concepto. Si bien me interesa el impacto colectivo que puedan desplegar ciertas intervenciones desde un punto de vista performativo y socio-comunicativo (por ejemplo, lo que pasó con el colectivo feminista Las Tesis en el contexto de la revuelta chilena o con el activismo lumínico de Delight Lab), la verdad es que me atraen más aquellas obras que, como bien señalas, operan más oblicuamente. En lugar de ratificar la ideología de la transparencia comunicacional que sustenta el mercado de las imágenes en la sociedad neoliberal, son obras que deconstruyen la mirada (no dejándose seducir por el régimen de hipervisibilidad del capitalismo cultural) inmiscuyéndose en zonas de mayor densidad formal, de paradojas y contradicciones, de vacilación del sentido.

Es cierto lo que dice Suely Rolnik en cuanto a los riesgos de apropiación-expropiación de la fuerza creadora que usa el mercado neoliberal para acomodar las obras en su interior, anulando sus «procesos» para convertirlas en simples «productos» coleccionables y negociables. Pero, en la misma línea de lo que le respondía anteriormente a la pregunta de Ybelice, no creo que tengamos que sobrevalorar la capacidad que posee el dispositivo capitalista de agotar todas las energías críticas. No sabemos con certeza cuál es la eficacia crítica de las acciones de oposición o resistencia que emprendemos, en el arte o fuera del arte, pero inhibirnos de apostar a que tengan algún efecto resulta paralizante. Está bien sospechar de lo que nos rodea y redoblar la atención en torno a cómo operan perversamente los múltiples engranajes del mercado. Pero sobredotar al mercado de la capacidad infinita de desactivarlo todo, es convertir a este mercado en un amo todopoderoso e infalible. El capitalismo mundial integrado del que hablaba Félix Guattari —y a quién cita Suely Rolnik— no es enteramente dueño de sus planes: ya lo vimos con la pandemia que nos demostró que el sistema neoliberal sufre imprevistos que le generan disfuncionamientos. Son varias las fallas y los desajustes del sistema de los que podemos sacar provecho crítico ya que no estamos frente al sobredominio inquebrantable de un poder absoluto del capitalismo, del mercado, de las instituciones dominantes. Pensar que el poder y el mercado lo absorben todo, incluso la crítica, es una condena fatal a la impotencia. Michel Foucault hablaba de la crítica como disposición y actitud, no como disciplina normativa, sino como un «arte»: un arte de la «indocilidad reflexiva». Lo que sí me parece necesario recordar es que no está la crítica de un lado y el poder de otro. Las obras críticas no están separadas del poder, al frente o a distancia. La crítica (lo oposicional) y lo criticado (mercado, instituciones, etc.) comparten estructuras: no existe una exterioridad pura —un afuera incontaminado del poder— que nos salven de que nuestras prácticas se vean atravesadas por contradicciones. Pero son precisamente estas contradicciones (el no sentirse habiendo un lugar seguro) las que refuerzan las exigencias del trabajo crítico y, por incómodas que resulte asumirlas, desafían la imaginación política.

CONVERSACIÓN SOSTENIDA POR MEDIOS VIRTUALES, EN AGOSTO DE 2022.